

LOS COMPAÑEROS DE VIAJE

Víctor Meza

Como toda agrupación humana, un partido político, si es auténtico, está casi condenado a su propia división interna. En algunos casos, la fractura va acompañada de serias disputas ideológicas o diferencias doctrinarias real o supuestamente insalvables. En otras, la división tiene matices más personales y subjetivos, obedece a ambiciones propias de la condición humana, requiebros de vanidad, ansias de poder personal, envidias, ilusiones... en fin. La mar y sus conchas, como suele decirse.

Pero si un partido es de izquierda, o dice serlo, la división es casi una obligación inevitable. La izquierda, acostumbrada a debatir sobre las ideas, formada o deformada en el ejercicio incesante de la polémica y el debate, no resiste el monolitismo ni la unanimidad. Está hecha para la pelea, justa o injusta, con razón o sin ella. En la controversia se crece, se siente a sus anchas, se produce y reproduce. Es su campo, su mundo. La historia de las ideas revolucionarias, y de las de izquierda en particular, sin importar su sesgo o secta partidaria, es una sucesión de fracturas y rupturas casi permanentes, una cadena interminable de fricciones y confrontaciones políticas.

A veces, por este camino, se puede llegar hasta el absurdo. Recuerdo en la Universidad a una pareja de jóvenes mejicanos que decidieron fundar una nueva secta que, para variar, bautizaron con el sugestivo nombre de Liga Espartaco, en honor al valiente líder que dirigió la rebelión de los esclavos en la Roma antigua. Alejandro, que así se llamaba el fundador de la nueva agrupación, sólo contaba con el apoyo de su compañera Rebeca y con la adhesión un tanto forzada de su compadre Manuel. Los tres formaban la pomposa Liga y se proclamaban como si fueran los auténticos representantes del proletariado azteca. No puedo olvidar sus vehementes intervenciones en aquellas asambleas estudiantiles en que discutíamos – entre ingenuos e idealistas – los grandes problemas del mundo. Como era inevitable, Alejandro se fue radicalizando cada vez más y, al mismo tiempo, cada vez más se alejaba de nosotros y perdía ya no sólo amigos sino también interlocutores en general. Se aisló tanto que terminó expulsando de la Liga a su compadre Manuel, por “insuficiencia de radicalismo” y, al final, separándose de Rebeca por sus “vacilaciones sentimentales”. Se quedó solo, sin amigos, sin compañeros, sin aliados. Años después le volví a ver, ahora en su patria natal, en México, en donde se dedicaba a estudiar los problemas de la educación infantil y las maravillas del aprendizaje en los niños. Atrás había quedado Espartaco y la Liga. Ya no ligaba más.

El ejemplo puede parecer extremo, pero es válido. Quienes han militado o militan en las filas de la izquierda, sea del tono, ritmo o profundidad que sea, saben que no miento, que así suelen suceder las cosas en esos cenáculos cerrados en donde prevalece la mentalidad de las catacumbas ortodoxas y sectarias. El afán por la polémica y el deseo irrefrenable por la controversia y el cuestionamiento – que no tienen que ser forzosamente malos – suele desembocar en separaciones dramáticas y rupturas bulliciosas. Cada quien hace su tienda aparte y, según su buena o su mala suerte, sobrevive en el campo de batalla y emerge airoso al final de la lucha.

Se me ocurren estas reflexiones a la luz de las anunciadas divisiones en el interior del Partido Libertad y refundación (LIBRE). Algunos de sus actuales dirigentes, sin ocultar sus prematuras ambiciones políticas, trabajan desde ya en la promoción de sus candidaturas presidenciales. Están en su derecho. Pero, al hacerlo, introducen la división temprana en las filas del segundo partido político más importante del escenario local. Junto con la división, viene en forma paralela la dispersión de la fuerza partidaria, su fraccionamiento y vulnerabilidad. Será necesario un liderazgo fuerte e inteligente para impedir el debilitamiento del partido, un liderazgo que sepa combinar, en articulación habilidosa, la flexibilidad y la firmeza, el arte y la ciencia de hacer política.

Un liderazgo semejante deberá comprender que la salida prematura de algunos puede ser más beneficiosa que perjudicial. Mejor que se vayan ahora, cuando todavía su perjuicio es menor y su impacto es reducido. No acaban de entender que su aureola de “líderes” se las creó la militancia de LIBRE y no sus propias “virtudes”. Son el producto de la nueva dinámica política generada después del golpe de Estado y, por lo mismo, al alejarse de esa dinámica, se desinflan como globos pinchados. No valen mucho o, por lo menos, no valen lo que creen valer. En las urnas probarán el amargo sabor del desengaño.

Si los que se van se creen de izquierda – que no lo son ni lo han sido nunca -, pues allá ellos. La izquierda, a pesar de todos sus defectos y más de alguna virtud, es, entre otras cosas, una actitud moral, una condición ética ante la vida, una conducta. Y mientras siga siendo así, la izquierda tendrá un merecido lugar en la escena política, a pesar y en contra de aquellos que, reclamándose de sus filas, no han sido más que “compañeros de viaje”, tan pasajeros como epísódicos. ¡Que les vaya bien!